

EL DIARIO: AQUELARRE

El teléfono sonó con estridencia, mientras buceaba entre las páginas del último *best seller* del año; en realidad, sorteando los arrecifes del capítulo que hablaba de “La mente universal” -una guía espiritual tan apropiada como poco convincente con la que paliar mi actual estado de ánimo.

Ricard se lanzó hacia el aparato del mismo modo que un plusmarquista se enfrenta a su último intento.

-¿Quién pregunta por ella? –oí que decía, mostrando un desagradable e innecesario tono de agresividad.

Me sentí intrigada por la hora, y porque francamente, no solía recibir llamadas de ningún tipo.

A los pocos instantes se oyó el fuerte chasquido del auricular golpeando con violencia contra la superficie de la mesa. Imaginé que Ricard se había deshecho del mismo con enfado, culpándolo absurdamente de su infelicidad.

-Se trata de Víctor, “tu psicólogo”...

Reconocí que aquello sonaba fatal y presagí con fastidio una nueva contienda dialéctica. Ricard estaba en trance de experimentar otro de sus repentinos e incontrolables ataques de celos. Las cosas no marchaban nada bien entre nosotros y debió imaginar que el titular de aquella voz tenía que ser forzosamente el artífice de nuestras continuas desavenencias. Algo absolutamente ridículo, ya que él sabía que lo nuestro trascendía al plano físico.

Al cabo de unos segundos de intercambiar algunos gritos y reproches, me puse por fin al beligerante aparato.

-¿Sí?, ¿Víctor? ¿Qué demonios ocurre? –pregunté contrariada.

-Hola Anna, perdona que te llame a casa... Me preguntaba si te apetecería salir esta noche. No quisiera ser inoportuno. He oído...

-No... no es nada, no te preocupes; últimamente está insoportable.

Insoportable era una manera muy injusta de describir el estado de ansiedad y desasosiego en el que se hallaba Ricard. Ricard... que veía cómo escapaba de sus manos de manera irremisible. Yo nunca le había querido, cuando menos de la forma en que él lo hacía, del modo en que cualquier otra persona lo hubiera hecho. Yo nunca querría a nadie de la forma en que otros se amaban. Era igual de quién se tratara. Era un defecto de serie; una marca de la casa; un rasgo de personalidad. Yo era como una *gospira*, una chispa que ardía con intensidad y brillantez durante unos breves segundos, y que luego se apagaba y no había forma de encender jamás. Estaba siendo terrible para Ricard tomar consciencia de esa cruel y desgarradora realidad, porque no había forma de evitarlo, y aceptar esa certeza aumentaba su sentimiento de impotencia y de frustración. Ni siquiera tenía razones para culparme, porque no era culpa mía. Él sabía que yo no encerraba ninguna clase de maldad, ni siquiera podía acusarme de ser una

farsante. Siempre le había dicho la verdad. Pero tal vez pensó que con él eso cambiase, y no cambió. El cariño había ido diluyéndose poco a poco, apagándose entre los muros de una relación convencional. Y yo fui marchitándome... Él tendría que admitir tarde o temprano, que la única manera de que yo recuperase mi vida sería derribando las puertas de la prisión de cristal que con amor había forjado para mí -tal vez demasiado amor y demasiado cristal transparente-; permitirme alzar el vuelo en busca de otros cielos, de otros nidos... Mi cuerpo y mi alma hacía tiempo que ya estaban en otra parte.

-¿Salir juntos?... ¿eso no estaba prohibido? –cuestioné, dudando sobre la conveniencia de infringir una norma tan esencial de la terapia.

-Bueno... yo represento a la ley –ironizó-. Recuerda que soy yo quien decide lo que es conveniente para vuestro tratamiento...

-No sé...-dije dudando todavía. No quería hacer más daño a Ricard, al menos, no más del estrictamente necesario.

Víctor tal vez no se esperaba aquella falta de entusiasmo por mi parte.

-¡Anímate! –contraatacó-. Te llevaré a un lugar que te sorprenderá. Además necesito hablar contigo acerca de algunas cosas que me preocupan, y que te incumben muy directamente –añadió misteriosamente.

La referencia a mi persona hizo que me sintiese particularmente intrigada; no estaba acostumbrada a ser objeto de atención. Confieso que tras aquella declaración de intenciones, mi pudor por el estado de Ricard pasó a un segundo plano, de hecho, un plano en el que hacía mucho tiempo que ya estaba relegado.

Víctor vino a recogerme en menos de media hora, el tiempo justo que invertí en ducharme y cambiarme de ropa, con la desagradable melodía de los reproches de Ricard como música de ambiente. Me di un último vistazo en el “espejo mágico” del recibidor. Comprobé con satisfacción que incluso con el cabello mojado y sin maquillar estaba guapa. Tenía una cierta retirada gótica, pero sin excentricidades.

-No me esperes despierto. No sé a qué hora llegaré –dije saliendo a toda prisa, cerrando la puerta tras de mí y hastiada de tanta censura.

Víctor me observaba desde el interior del vehículo a medida que me aproximaba. Entré rápidamente en el coche con la palabra “¡Arranca!” por saludo. Todavía me sentía molesta y en muchos sentidos, responsable de prolongar la agonía de aquella amarga relación sentimental. Molesta y frustrada conmigo misma. No acababa de comprender qué era lo que me estaba sucediendo. ¿Por qué tenía que ser siempre todo tan difícil? Habría dado cualquier cosa por ser como los demás; enamorarme de

alguien y que ese sentimiento durase algo más que el tiempo que me llevaba conocer su nombre y oficio.

Víctor adivinando mi estado, quiso que olvidase el incidente cuanto antes.

-Quiero que conozcas un lugar insólito, que muy poca gente ha visitado –dijo de forma enigmática.

La verdad, dudé de aquella posibilidad. Resultaba francamente difícil que pudiera sorprenderme. La isla es muy pequeña, y los lugares de ambiente son del dominio público. Sin embargo preferí no mostrar abiertamente mi incredulidad: no quería pulverizar sus expectativas de forma tan prematura.

-Este lugar es diferente, te lo aseguro; lo comprobarás en seguida –insistió, adivinando mi escepticismo.

Circulamos por la autovía de Poniente en dirección a Andratx, hasta alcanzar el desvío de Bendinat. Deduje con un precipitado aire de suficiencia, que nos dirigíamos a la Cala Comtessa, una de las tres playas de Illetas; una preciosa y pequeña bahía -la más alejada de Palma, pero la más natural y la que conserva todavía su genuino encanto- situada en la costa occidental de Mallorca, y que yo sobradamente conocía; de hecho, hacía sólo escasos meses que había sido invitada por unas amigas a celebrar uno de los últimos y muy socorridos actos de “botellón”.

-Bueno, y ¿qué es eso tan importante que no puede esperar hasta mañana? –pregunté impaciente.

Víctor se mantuvo pensativo. Tal vez todavía no había llegado el momento de las confidencias. Me pareció que estaba contemporizando.

-¿Qué te ocurre?, ¿no vas a contarme nada? –insistí.

-No sé... todavía estoy sopesando si ya estás completamente recuperada de los efectos de tu última conversación...

Hablaba de Ricard.

-Te veo muy hostil –aclaró-, y yo necesito que tu grado de activación psicofisiológico descienda al nivel de línea base...–añadió en un inoportuno tono docto-. ¿Sabes?, una de mis normas básicas es que “cada cosa requiere su debido tiempo”...

“*Magister dixit*”. Pronto comprendería que Víctor tenía las suficientes normas como para fundar una academia de marines, y eso era algo que comenzaba a exasperarme.

-Es tan perjudicial no llevar a cabo una acción cuando la ocasión lo requiere, como hacerlo en un momento inoportuno -sentenció.

-De acuerdo –dije conciliadora-, tienes razón, estoy algo alterada; Ricard me pone de los nervios... - inspiré profundamente, en actitud tibetana, dejando escapar el aire lentamente-. Solucionado, a partir de este momento paso página. Te escucho...

Me dio la impresión de que se había quedado convencido. A pesar de mi mal humor, entendía su postura, no era mi primer terapeuta. Yo sabía que cualquier error de interpretación por parte de una paciente podía poner en peligro el precario vínculo de confianza que se forjaba entre ambos, tan esencial para el tratamiento como el que se establecía entre el penitente y su confesor a la hora de redimir el alma de aquél. Eso explicaba que Víctor se anduviera con pies de plomo.

-Anna... esta mañana, al finalizar la terapia, mientras esperabas en el café.... observé cómo te fijabas a través de los cristales...

Al principio no supe a qué se refería, pero de inmediato recordé el extraño incidente protagonizado por dos de los miembros de la terapia. Un comportamiento inexplicable si, como dijeron durante la sesión, no se conocían de antemano. Casi acaban a tortazos de no ser por la oportuna intervención de Víctor.

-No quiero que nadie sepa nada de lo que te voy a contar. Quiero que me lo prometas, ¿sí?

Aquel singular acto de complicidad me resultó bastante incómodo. No existía entre nosotros ningún vínculo de camaradería, y mucho menos nada que justificase que se abordaran temas relacionados con otros miembros del grupo, fuera del entorno de las sesiones de terapia. ¿No era ésa otra violación en toda regla del código ético que horas antes había proclamado nuestro contradictorio psicólogo?

-Oye... a mi no me interesa nada de lo que pasó allí, ¿vale?...

No era cierto. Estaba intrigada, sin embargo, algo en la actitud de Víctor me hizo ponerme a la defensiva. Tuve la inexplicable sensación de que buscaba alguna cosa diferente de mí, más allá de la simple complicidad, y el incidente entre Nacho y Joan resultaba un oportuno pretexto para justificar aquel intento de aproximación.

-Anna... me preocupa que te hayas formado una idea equivocada. En cierto modo, me siento responsable de lo que pasó y quiero que no haya ninguna mala interpretación al respecto. Es crítico que el grupo esté cohesionado, que todos confiéis en la terapia, que confiéis en mí...

Volví a experimentar aquel desagradable ramalazo de quien está a punto de ingresar en una secta, si es que no lo había hecho ya, y los acontecimientos que se sucederían a lo largo de la noche no me ayudaron a disipar aquellos pésimos pensamientos.

-Joan y Nacho no se conocían de nada –prosiguió-, quiero que eso quede claro; al menos, no se conocían personalmente...

A continuación, procedió a darme puntual explicación del extraño comportamiento de ambos jóvenes, y de la relación que existía entre ellos mucho antes de coincidir en la terapia. Cuando finalizó su relato, yo permanecí atónita. La historia era de lo más sórdida. ¿Cómo había permitido Víctor, a sabiendas de esos hechos, reunirlos en el mismo grupo? ¡Era de lo más cruel!

-Anna –continuó Víctor, adivinando mis pensamientos-, yo, al igual que ellos, sólo lo comprendí durante sus respectivas presentaciones. Nunca imaginé que ambos pudiesen tener algo en común, ¿lo entiendes?

-¿Pero qué me dices de nosotros? –protesté-. ¿Esto tiene que afectar forzosamente al resto del grupo? Se convertirá en un infierno...

-Ya he hablado con ambos –quiso tranquilizarme-. Están dispuestos a colaborar y a dejar de lado sus desavenencias en favor del grupo. En el fondo están tan angustiados y necesitados de ayuda como el resto.

No supe qué responder, pero los molestos chirridos de dos cazas bombarderos compitiendo por ocupar el mismo hangar, me alertaron de que algo no marchaba bien. Las cosas no eran lo que parecían, y una voz desde el fondo de mi cabeza me previno que un interés oscuro y turbulento se ocultaba detrás de todo ese asunto. No atendí aquel débil lamento; un lamento que a lo largo de los días se convertiría en una súplica denodada y estéril.

Por fin llegamos a la playa de Illetas, tal y como yo había sospechado. Víctor aparcó el coche en una zona de estacionamiento anexa a un destacamento militar del Ministerio de Defensa, y a continuación, descendimos en silencio por unas resbaladizas escaleras hacia la hermosa Cala Comtessa. Hasta el momento ninguna sorpresa. Desde allí me hizo caminar bordeando el acantilado hasta alcanzar el islote de S'Estenedor o Illa des Pas, al otro lado de las instalaciones de la sección náutica -la calle de la Cala Comtessa está franqueada por una aduana y es necesario sortearla a través de la costa para llegar al islote; aunque hablando con propiedad, ya ni siquiera se puede hablar de un islote; hace tiempo que fue conectado a la costa de Mallorca para convertirlo en un aparcamiento exclusivo para personal militar.

En aquel lugar no había nada que yo no hubiese visto antes, a pesar de lo cual, reconocí que la imagen que ofrecía aquella reserva natural a esas horas de la noche era muy reconfortante. A mi izquierda se situaba la isla de Sa Caleta, un abrupto trozo de tierra separado apenas unos metros de distancia de nuestra posición; y a la derecha, la isla de Sa Torre; un antiguo bastión militar en el que todavía se pueden observar los paramentos de una torre inicialmente destinada a los usos de prisión militar. Todo eso formaba parte ahora de manos privadas, no sin cierta controversia.

Seguimos caminando en dirección al extremo más prominente del islote, respirando el salitre de la brisa marina, y escuchando el sonido del mar batiendo contra las rocas. A medida que avanzaba se iba apoderando de mí esa sensación irreal de hallarme cada vez más alejada de mis fetiches y más cerca del fin del mundo. A ambos lados del angosto istmo de tierra sólo había agua; negra y susurrante. Llegamos hasta el final del paseo y Víctor me invitó a que le siguiera más allá de la valla de protección. Le miré alarmada, pero él hizo caso omiso de mi aprensión y siguió andando hasta alcanzar el agreste

límite del acantilado. Desde allí me tendió de nuevo su brazo. No entendía de qué iba aquello: ¿Acaso se trataba de algún acto de inmólación?

-Ven, acércate –dijo mostrando una amplia sonrisa que a la luz de la luna lanzó destellos fluorescentes obligándome a proteger mis ojos al modo de un soldador.

Le observé, insegura de unirme a él. Insistió, haciéndome un gesto con la mano: “¡Vamos!, ¿a qué esperas?”. Me dirigí hacia su posición tropezando peligrosamente contra las afiladas rocas y jurando en arameo, hasta conseguir aferrarme a su brazo. Entonces me señaló con el dedo en dirección a una escarpada concavidad abierta en medio del farallón. Las olas golpeaban furiosamente lanzando baños de espuma sobre nuestras cabezas.

-¿No creerás que voy a bajar por ahí? –dije escandalizada- ¿Acaso la fiesta está en el fondo del mar?

-Calma, confía en mí –me animó Víctor, tomándome del brazo-. Anda, yo te ayudo. Vayamos con cuidado.

Miré hacia abajo indecisa, tratando de prestar mayor atención y fue entonces cuando pude divisar en el fondo del acantilado una pequeña embarcación anclada junto a las rocas, en la que un hombre de pelo largo, nos esperaba tranquilamente repantigado en el asiento de popa, ajeno a la ira del dios Neptuno. Vestía un peculiar atuendo blanco, una suerte de camión. Aquella imagen me hizo recordar a un entrañable habitante de Ganímedes, que se hizo bastante popular en televisión, hacía ya unos cuantos años.

-¿Vamos de pesca o se trata de algún viaje interestelar? –pregunté con sarcasmo.

-Muy agudo –dijo Víctor, a quien no se le escapó el increíble parecido del barquero con el “raticulín” extraterrestre-. En seguida sabrás dónde vamos. No seas pusilánime y déjate llevar.

Reptamos por entre las rocas manteniendo el equilibrio de forma milagrosa. En cuanto puse un pie en la barca –con mis ropas completamente empapadas-, el barquero, mostrando una sonrisa alucinógena, me ofreció -a modo de saludo- una copa cónica de cristal que contenía un líquido rosado parecido a la grosella, pero sin el borde azucarado. Debía de ser su fuente de energía. Miré de manera interrogante a Víctor.

-Es como un rito iniciático –intentó tranquilizarme-. Tienes que beberlo para purificar tu cuerpo y tu alma. De otro modo contaminarías al resto del grupo.

Miré a ambos lados de la barca buscando al incógnito colectivo tan magistralmente disimulado, sin éxito, por supuesto. Deduje que la fiesta estaba en otro lado.

-Entiendo, y tú estás inmunizado, ¿no?

-En cierto modo sí, así es... -señaló de forma enigmática.

Le clavé una mirada desconfiada, pero opté por seguirle la corriente y probar aquel líquido supuestamente antiséptico. Me sorprendió. El sabor era amargo y refrescante, como el bitter, aunque algo más ácido y con una generosa dosis de alcohol, a pesar de lo cual, entraba con facilidad. Me gustó.

En cuanto hube apurado la última gota del brebaje, el marinero galáctico levó anclas y puso rumbo hacia el mar, como si aquella oblación fuera el trámite indispensable.

De inmediato comprobé que nos dirigíamos al *illot* de Sa Torre, el pedrusco más austral de los tres que forman Illetas. Accedimos por la cara occidental de la pequeña isla, completamente invisible desde la costa de Mallorca. Fue entonces cuando comencé a oír la música, y a vislumbrar unos diminutos puntos de luz sobre las rocas. A medida que nos acercábamos, fui distinguiendo con mayor claridad. Eran hogueras, pequeñas y repartidas a lo largo del litoral, dándonos la bienvenida; y gente, entre veinte y treinta personas; ¡algunas de ellas en el agua!; ¡Dios qué frío!; aquella gente estaba loca de remate; estaban... ¡estaban impudicamente desnudas! Miré a Víctor escandalizada.

-Oye Víctor, ¿dime de una puñetera vez de qué va esto? ¿No pretenderás que vaya a ponerme en “bolas”?

-¿Quieres dejar de ser tan desconfiada? –protestó-. Nadie te va a pedir que te quites un solo calcetín. La gente aquí hace lo que le apetece; bebe, charla, escucha música y se da un baño en el mar. Sólo es un grupo de amigos que se divierten tranquilamente, alejados del bullicio de Mallorca... Desde un tiempo hasta acá, es imposible disponer de cierta intimidad. La isla está tomada por extranjeros.

Me sentí un poco avergonzada. Más tarde comprobé que en efecto, algunas de aquellas personas vestían de un modo convencional, y conversaban con absoluta naturalidad con los que preferían ir desnudos. Me tranquilicé; no sabría decir si por la oportuna aclaración de Víctor, por la visión del colectivo “pro-defensa” de la intimidad sexual, o por el efecto del extraño mejunje que el barquero me ofreció. El hecho es que nada más pisar la orilla mi comportamiento fue irreconocible, como si el contacto de mis pies desnudos sobre la arena húmeda de la playa me hubiese conectado a la red voltaica del islote; desatascando mis obstruidos sentidos con una violenta sacudida; liberándome del acúfeno que durante años atormentaba mi cabeza y devolviéndome súbitamente el sentido de la audición, la vista, el olfato... La música me golpeó con desaforada vehemencia, y un temblor incontrolado recorrió todo mi cuerpo. Experimenté una emoción imposible de describir en aquel rincón maravilloso y mágico, robado a la imaginación; una explosión de éxtasis que a punto estuvo de hacerme llorar, llorar de alegría. Se me erizaba la piel y mi cuerpo se estremecía al ritmo y la intensidad de la música. O quizás era más que música; tal vez electricidad, magnetismo, energía, fuerza, vigor... Tuve ganas de gritar. Comprendí que aquel torrente de emociones incontroladas era la forma en que mi asustado cuerpo respondía al súbito ataque de vida; una sensación completamente inédita para mí, que me embriagaba y me excitaba como un potente afrodisíaco. Me dejé envolver por la corriente humana,

acariciada y mecida por el contacto de sus manos, de sus cuerpos, sin detenerme en nadie en particular, al contrario, deseaba que todos los que moraban en aquel místico paraje me pertenecieran –o yo a ellos–, al unísono, sin excepción, que nadie desapareciese de allí jamás. Me pregunté dónde había estado yo todo este maldito tiempo, y me inundó una profunda melancolía por lo que me había estado perdiendo, y tal vez, por el hecho de descubrir todo lo que me faltaba para ser completamente feliz. Hice un repaso de los mejores momentos de mi vida, y concluí que si había una representación mental que resumiese lo que yo quería, ésa era la imagen que tenía ante mí en aquel preciso instante. De pronto comprendí llena de júbilo que no había arraigado en mí la frialdad afectiva, que podía volver a experimentar sensaciones con una intensidad dolorosa.

Estaba aturdida y Víctor debió advertir mi sorprendente metamorfosis. Como si viniese con su equipaje de mano, me ofreció una segunda copa de licor que en esta ocasión ni siquiera hice el amago de rechazar. Sabía a demonios, pero estaba deliciosa. Me arrastró hasta el extremo más oriental y despojado del “pedrusco” y pensé que había llegado el momento; sin embargo, como en el más inoportuno juego de despropósitos, no se atrevió a dar el último paso; me pareció que dudaba. Yo experimenté una sensación encontrada de alivio y de decepción.

-¿Qué ocurre? –le pregunté confundida.

-Nada... quiero que saborees la violencia de la madre naturaleza...

Tal vez hablaba del mejunje que me había dado a probar... Me observaba fascinado, como si yo fuera de una especie diferente, acaso el primer contacto entre dos seres de civilizaciones antitéticas... Luego cambió mi interpretación –lo cierto es que esa noche mi percepción sensorial fluctuaría a la deriva-; se me antojó que él era una fiera jugueteando con su presa. Yo me habría puesto en guardia, pero en aquel momento ni mi cuerpo ni mi consciencia me pertenecían.

Sin apenas tiempo de sobreponerme a mi primer shock sensorial, volví a perder el control. La arena desapareció bajo mis pies como en un reloj de arena, y me sumergí en el remolino de una alucinación sinestésica, una percepción delirante producto de la fusión imposible de los cinco sentidos; ahogándome... Creo que duró sólo unos segundos. Respiré ansiosa y temerosa de asfixiarme. Era sólo el preludeo de la experiencia psicodélica más extraordinaria de mi vida. Lo que sucedió a continuación difícilmente puedo describirlo. La música, la luna, el mar, el olor a salitre, y sospecho que el contenido amargo y delicioso del cáliz, causaron en mi consciencia un fenómeno disociativo, de despersonalización. Cerré los ojos y me dejé seducir por aquella agradable, primitiva y salvaje sensación de libertad. Me abandoné a su hechizo y me vi flotando por encima de la arena, volando a dos centímetros de la superficie del mar, con la cara salpicada por las gotas de agua salada. Ascendí hacia el cielo iluminado de estrellas multicolores, impulsada por la fuerza de la música, ganando más y más velocidad. Y me precipité en picado hacia el centro del universo, al centro de la vida, al centro de mí misma. Y aterricé exhausta y

temblorosa, sudando, henchida de una arrebatadora supremacía. Y me incorporé de nuevo, y la energía que asolaba aquel rincón zarandeo de nuevo todo mi cuerpo sin darle tregua, arrastrándolo al abismo de la desinhibición, del furor, de la pasión, liberándome de las ataduras mentales y físicas. Todo era posible, todo estaba permitido, todo lo habían puesto para mí –por fin entendí el significado que encerraban las palabras de aquella canción de Serrat-. Giré sobre mí misma, de pie, con la cabeza y los brazos extendidos hacia al cielo estrellado, y lloré, lloré desesperadamente, y me sentí feliz y loca. Me sentí el centro de la creación. Y salté desbocada, con movimientos rítmicos y tribales, movimientos que afloraban de manera descontrolada desde el fondo de mi ser. Movimientos instintivos y animales, de apareamiento, de seducción, de supervivencia. Di vueltas alrededor de una de las hogueras impelida por los gritos de la gente que para mí no eran otra cosa que un coro de espíritus de la naturaleza salvaje que me animaban a continuar mi danza mística, depurativa, de redención... Y me sentí inundada de esperanza de vida. Que no se acabe nunca, que dure eternamente... Pero mi cuerpo dejó de responder, extenuado, sin energías, y me desmayé con la danza de la vida resonando en mis neuronas.

Desperté sudorosa, pero relajada y diferente. Como si hubiese expulsado todos los demonios, los demonios de mi alma, los demonios de mi espíritu atormentado por la culpa y el remordimiento de ser distinta a los demás. Víctor me miraba absorto; en sus pupilas sonrientes se reflejaban las trémulas llamas de una hoguera mortecina. Permanecía a mi lado, embelesado, saboreando todavía la escena de aquel exótico y sensual aquelarre regalado de manera improvisada por aquella aprendiz de sacerdotisa.

-Chica -dijo recuperándose todavía de la impresión-, ha sido sencillamente sobrenatural... ¿Dónde has estado escondida todo este tiempo?

Yo estaba conmocionada, tratando de explicarme lo ocurrido. Era como si una bestia salvaje hubiese despertado de repente en mi interior, incapaz de doblegarse a la voluntad, a lógica, a la razón. Miré a Víctor interrogante.

-¡Qué vergüenza! Nunca antes me había ocurrido una cosa así.

-Anna... dentro de ti hay cosas maravillosas que tenemos que sacar de ahí a toda costa...

Me pregunté si el brebaje habría tenido algo que ver con todo aquello, o tal vez, y más inquietante, si se trataba de la turbadora influencia de Víctor. Si él tenía la facultad de explotar esa parte de mi interior, ¿qué otras cosas sería capaz de obligarme a hacer? Me desconcertó aquel pensamiento.

-No... no estoy segura de querer hurgar dentro de mí –dije confundida y asustada.

-¿De verdad no te gustaría saber quién eres?...

Me lanzó aquella pregunta y luego me miró como si él supiese la respuesta.

-Cuentan que en una isla perdida en medio del océano habitaba una princesa. Estaba destinada a ser la reina en poco tiempo. Se desposaría en unas semanas con un rico hacendado. Pero el miedo a perder su

libertad y la responsabilidad de dirigir el reino la asfixiaban. Los habitantes de la isla vivían de espaldas al mar. La cultura y las creencias habían forjado en el inconsciente colectivo una profunda aversión hacia ese océano que les rodeaba, causante de tormentas e inundaciones y de la pérdida de sus hombres. Sin embargo ella, cada mañana se acercaba a la orilla de la playa, desoyendo los rumores, inexplicablemente atraída por sus aguas, pero profundamente aterrorizada con sólo experimentar el contacto de la arena humedecida. Los padres preocupados por ese comportamiento extravagante, veían cómo la salud de la niña empeoraba día tras día, y atribuyeron la causa al maligno influjo del mar, de modo que la instaban a que desistiera de esa actitud insana y controvertida entre la comunidad. Una mañana, la princesa desapareció de la isla. Se la había tragado el mar...

Víctor me observó con atención intentando descifrar el efecto de sus palabras; mi cara debió hacerle desistir de esperar una respuesta inteligente. Le dejé acabar su parábola.

-La niña resultó ser una sirena –añadió a modo de aclaración-, y su mundo... el fondo del mar...

Le miré con cierta sorna. Hacía años que mi padre renunció a perder el tiempo con historias como éstas.

-Víctor, ¿tienes algún problema con las drogas?

-Anna... -interpuso dando un giro trascendente-, a veces, es necesario enfrentar nuestros miedos más profundos para descubrir quiénes somos verdaderamente...

Al soltar aquella frase, el psicólogo ya no fue el mismo, habían desaparecido de su rostro aquellos rasgos pueriles y benevolentes, adoptando un rictus metálico con la mirada febril. Sus ojos, habitualmente esquivos y desconfiados, adquirieron un brillo y una intensidad hipnótica, atrapándome. Me sentí inexplicablemente atraída por ese poderoso e inescrutable magnetismo que emanaba de sus pupilas. Yo me hallaba semiincorporada sobre la arena cuando él deslizó su mano suavemente detrás de mi nuca y acercó lentamente su cara hacia la mía, como si las palabras ya no fueran suficientes. Sentí un ligero desmayo y comprendí que estaba a punto de caer inerte en el pozo insondable de aquellos ojos negros. Aún no estaba preparada; una muralla invisible se interponía entre ambos, protectora, inoportuna. Por unos instantes me vi sumida en medio de una lucha titánica entre dos fuerzas sobrehumanas por el control de mi voluntad; por un lado, el poder de la mente de Víctor, y por el otro, el de mi subconsciente, enfrentado a mi propia consciencia que quería unirse a él a toda costa, y ése debió ser el factor precipitante, el motivo de que finalmente me plegase a sus designios. Víctor percibió el grito derrotado de mi “*Ello*” y me besó muy suavemente. Luego comenzó a mordisquear mis labios con delicadeza, pidiendo paso, llamando a las puertas del deseo, y yo, postrada ante su aliento, abrí el candado ofreciéndole mi lengua palpitante y abandonándome a su hechizo, arrastrada por unas irrefrenables fuerzas telúricas que desencadenaron la erupción del volcán de mi sexo prendiendo el fuego de la carne. Y salté al vacío sin ningún pudor, ofreciéndole mi alma y mi cuerpo ahora fuera de control.

Fue un fugaz destello; como un aviso lastimero de socorro, se proyectó en mi cabeza la imagen de una pobre chica llorando desconsolada, tendida sobre un lecho empapado en sangre que emanaba de su cara, de sus manos, de todo su cuerpo, y al fondo, recortándose en la oscuridad, un símbolo demoníaco en medio de un círculo de fuego. Fue sólo un fugaz destello. Sin embargo, después de aquello, Víctor, de manera incomprensible, se apartó de mí con dureza, como si él mismo hubiese participado de aquella revelación. Anhelante y temblorosa, me sentí desconcertada ante el insoportable y blasfemo rechazo de Víctor. ¿Me estaba maltratando? ¿A qué venía aquella negativa? Me sentí morir de deseo insatisfecho.

Víctor se incorporó impasible, dejándome allí tendida, sola y confundida sobre la arena, mientras, él encaminó sus pasos hacia una improvisada barraca en la que se servían licores de todas clases, ocupada por otras personas conversando animadamente. Cuando estuvo suficientemente cerca, una joven completamente desnuda se separó del reducido grupo, yendo a parar a su encuentro. Le tomó de la mano atrayéndole hacia sí; la mano, que hacía tan sólo unos instantes acariciaba afectuosamente mi nuca, se posaba ahora sobre el sexo despojado y sugerente de la ninfa, mientras ella acompañaba con la suya el rítmico y lascivo movimiento de fricción, al tiempo que me dirigía una mirada provocativa desde el hombro del psicólogo.

Experimenté una punzada de vehemencia genital, de deseo, y retiré la mirada de inmediato, avergonzada, ante la ardiente respuesta fisiológica de mi cuerpo, absolutamente opuesta a la de mi raciocinio, ultrajado ante aquella humillación. En aquel momento intolerable y cruel, objeto de todas las miradas, centro de todas las murmuraciones y las burlas, me sentí impotente frente al deseo de desaparecer. ¿Qué podía hacer? Incluso para abandonar aquel islote requería de la ayuda de Víctor.

Él no volvió a prestarme la más mínima atención en lo que restó de velada, al igual que el resto del aforo, acentuando aún más mi sentimiento de vejación. Permanecí postrada sobre la arena, abrazada a mis rodillas, llorando desconsoladamente. Sola y arrinconada. Una escena incongruente entre aquella gente exquisita y superior, que de repente había desplazado su foco de interés hacia algún otro suceso extravagante y divertido. Había pasado de ser el centro del universo a ser una paria, una leprosa, o quizás aún más denigrante, un bufón. Con toda probabilidad, el efecto antiséptico del brebaje que me suministrara el barquero había perdido su embrujo, si es que alguna vez lo tuvo.

Cuando por fin me llegó el turno de abandonar la isla, estaba sola. Sin nadie a mi alrededor. Fue como el despertar de una horrible pesadilla, de no ser por los restos humeantes de las patéticas hogueras esparcidas por la arena dando fe de la tragedia. Yo era la última pasajera de aquel singular marinero, una versión desaliñada del capitán Acab. Víctor hacía más de media hora que marchó, según me dijo, acompañado de la joven y voluptuosa Eva.

Mi estado de desolación no mejoró al alcanzar la costa de Mallorca. Víctor había desaparecido. Ni rastro del vehículo. Me sentí de nuevo avergonzada, desconcertada y confundida. ¿Qué demonios había ocurrido esa noche? No entendía nada. Eran ya casi las siete de la mañana y todo había transcurrido como en un sueño irreal, efímero y amargo.

Volví a casa desolada. Sentía unas terribles ansias de llorar a causa de la frustración, pero la presencia de un considerado taxista mantuvo a raya mis impulsos. Cuando llegué, Ricard había abandonado el piso. Una fría nota enganchada en el imán de la nevera me informó de aquella inesperada decisión. Rompí a llorar, esta vez de manera desenfrenada, furiosa conmigo misma y rota por el dolor. En aquel momento hubiera dado mi vida por gozar de un solo minuto de su compañía.

Aquel día fui incapaz de asistir a la terapia, lo pasé atiborrándome de pastillas, sumida en un sopor narcótico y preguntándome qué oscuro propósito habría llevado a Víctor a someterme a una experiencia tan cruel e inhumana. No tenía respuestas; en cualquier caso, mi cabeza era incapaz de hilvanar más allá de dos o tres ideas. El día transcurrió como una prolongación de la pesadilla vivida durante las horas de la noche anterior. En algún momento de la tarde debí quedarme profundamente dormida.